

# SOCIALISMO

Rafael Simancas

Esta publicación es fruto de un curso que la Fundación Pablo Iglesias organizó a lo largo de los años 2016 y 2017 bajo el ambicioso título de “Teoría Política del Socialismo en el Siglo XXI”.

Hace ahora 25 años, durante el emblemático año 1992, quien ahora preside la Fundación Pablo Iglesias, José Félix Tezanos, coordinó la edición de un libro de referencia para los socialistas de aquella época: “Teoría Política del Socialismo”, 1992, Editorial Sistema.

En los comienzos del año 2016, Alfonso Guerra, Presidente entonces de la Fundación, junto a quien esto firma, consideramos de interés elaborar un texto que actualizara aquellos contenidos. Y con tal propósito convocamos a algunos de los más importantes pensadores y hacedores del socialismo español durante los últimos tiempos. Ninguno se negó, por supuesto.

En consecuencia, en este tiempo, durante la tarde de cada segundo viernes de mes, la sala “Ramón Rubial” de la sede madrileña del PSOE ha venido albergando conferencias de primer nivel, impartidas por el propio Alfonso Guerra, José Félix Tezanos, José María Maravall, Alfredo Pérez Rubalcaba, Matilde Fernández, José Borrell, Ángel Gabilondo, Ramón Jáuregui, Micaela Navarro, Andrés de Blas, Manuel Villoria, Javier García Fernández...

Los contenidos propuestos eran tan simples en su formulación como apasionantes en su desarrollo: la igualdad, la libertad, la democracia, la ética, el Estado de Bienestar, el laicismo, el nacionalismo, el internacionalismo, el feminismo, los derechos humanos...

Los primeros en disfrutar directamente de tales enseñanzas fueron los más de 200 inscritos en el curso, cuya matrícula hubimos de limitar por razones de espacio y ante la avalancha de

solicitudes.

Para completar el temario, de cara a la edición del presente texto, acudimos también a otros compañeros y a otras temáticas: Cristina Narbona y el ecologismo; Cándido Méndez y el sindicalismo; Adriana Lastra y el municipalismo; Meritxell Batet, Manuel Cruz y el federalismo; Patxi Aldecoa y el europeísmo; Luz Martínez Seijo y el papel de la educación; José Manuel Rodríguez Uribes y la igualdad en libertad; Iban García y la cultura; Pedro Saura y la economía social...

## El objetivo del libro

Nunca pensamos en dar a luz una nueva publicación sobre el “qué nos está pasando” o sobre la supuesta “crisis” permanente de la socialdemocracia. Hay demasiados textos ya que autoanalizan y, sobre todo, autocritican al socialismo y a los socialistas.

Este es un libro para inspirar y para impulsar al socialismo y a los socialistas, con toda modestia, pero con toda intención.

El contenido de este texto busca el propósito, nada menos, de establecer un conjunto de propuestas sobre las grandes ideas que han de fundamentar el pensamiento y la acción política de los socialistas en el tiempo presente.

Contribuir a la identificación, a la definición, a la actualización y a la divulgación de los grandes conceptos que han de conformar la fundamentación teórica y práctica del socialismo democrático en este siglo XXI de los grandes contrastes, en el tiempo de la globalización y las desigualdades, de la revolución tecnológica digital y las grandes amenazas para la democracia, la libertad y la paz.

Esta es la intención. Y si excluimos el nombre de quien esto firma, creo que la trayectoria y el mensaje de los demás participantes en este documento aportan garantía suficiente de solvencia para cumplir el propósito.

Pero, ¿por qué esta nueva “Teoría Política del Socialismo”? Y ¿por qué ahora? Hay varias razones.

Vivimos un tiempo de cambios profundos y acelerados. Tanto, que uno de los sociólogos más leídos en la actualidad, Zygmunt Bauman, ha caracterizado nuestra mo-

derinidad como un “tiempo líquido”. Y en este tiempo líquido el socialismo ha de combinarlas respuestas a los retos de siempre con las respuestas nuevas a los nuevos desafíos. Los socialistas hemos de actualizar tanto las metas como los caminos y los instrumentos precisos para darles alcance.

Otra de las características de este tiempo consiste en la tendencia a la banalización de la acción política. Los debates de la llamada “actualidad”, a menudo banales y frívolos, se sobreponen a los debates de relevancia para el interés general. La influencia decisiva de la televisión y las redes sociales en la opinión pública ha conducido a una simplificación y una “espectacularización” de la tarea política, que limita así su capacidad para generar soluciones viables a los problemas reales.

La sobreexposición pública de los políticos les hace perder rigor y confianza entre la ciudadanía. Las palabras se gastan y dejan de tener significado. Las ideas se prostituyen, las opciones parecen intercambiables y las alternativas carecen a menudo de verdadera credibilidad. Es preciso recuperar el valor, el alcance y el crédito de palabras y de ideas como socialismo, igualdad, libertad, justicia, democracia, ética...

Por otra parte, el socialismo es reformista, y reformar implica gobernar. Pero para gobernar a veces hay que hacer concesiones tácticas y, demasiado a menudo, durante las últimas décadas, el tacticismo se ha convertido casi en la última y única guía de algunos gobernantes socialistas en Europa. A veces, los partidos socialistas han aparecido ante la ciudadanía como simples máquinas electorales. ¿Qué era hacer socialismo para estos tácticos? Hacer socialismo era hacer lo preciso para conquistar el poder o para mantener el poder. Es necesario recuperar la autenticidad del proyecto.

El socialismo surgió con fuerza en el siglo XIX para cumplir una función social determinada: lograr la emancipación de una clase social mayoritaria y explotada, la clase obrera. El socialismo aumentó su influencia decisiva durante el siglo XX porque cumplía una función social importante: obligar a los poderes económicos a aceptar y financiar los Estados de Bienestar que aseguraban condiciones dignas de vida a las mayorías trabajadoras.

Ahora bien, ¿tienen vigencia hoy las ideas socialistas? ¿Estamos ante una antigüalla sin lugar en el tiempo nuevo de la globalización? ¿Son los partidos socialistas meros clubes de nostálgicos que añoran tiempos dorados que no volverán? O, por el contrario ¿tiene presente y tiene futuro el socialismo? En tal caso, ¿cuál es la función del socialismo en este siglo XXI?

## La función del socialismo

A lo largo de la historia, el socialismo ha sido definido desde diferentes perspectivas y con intenciones diversas.

Aquellos hechos e ideas que suelen citarse como precedentes y precursores del socialismo tienen en común una naturaleza reactiva contra las desigualdades primarias. Así puede entenderse de Confucio a los utopismos del Renacimiento, pasando por la constitución de Licurgo, las proclamas fraternales de los grandes profetas y las revueltas igualitaristas en el medievo.

Graco Babeuf se ha ganado un lugar de honor entre estos precursores por el impulso de la muy significativa “Conspiración de los iguales” en la Francia revolucionaria del siglo XVIII, que acabó costándole la vida. Saint-simonianos, fourieristas y owenistas, los llamados socialistas utópicos, perseguían también la igualdad frente a la desigualdad y la armonía solidaria frente a la discordia egoísta.

Y todos ellos fueron herederos de la gran triada revolucionaria de la igualdad, la libertad y la fraternidad que, sin duda, contienen la simiente del posterior movimiento de ideas socialistas.

No podemos ignorar tampoco la influencia de los que se llamaron socialistas científicos, comunistas algo más tarde, como Marx y Engels, que acabaron diferenciándose del socialismo al prescindir o subordinar una parte sustancial del fundamento revolucionario original: la exigencia de la igualdad en libertad.

El fundador del PSOE, Pablo Iglesias Posse, definió el socialismo de manera práctica como “el conjunto de ideas e instrumentos organizativos destinados a la entera emancipación de la clase trabajadora: es decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores libres e iguales, honrados

e inteligentes”.

Desde una perspectiva más académica, el gran sociólogo Norberto Bobbio, maestro de importantes socialistas españoles, habló siempre del socialismo como “una pulsión permanente por la igualdad en libertad”.

En clave más emocional y movilizadora, Alfonso Guerra suele referirse al socialismo como “esa fuerza destinada a evitar que los más poderosos arrodillen a los más débiles y que ningún ser humano se sienta tan vulnerable como para arrodillarse ante los poderosos”. Otra vez la querencia por la igualdad.

En muchas ocasiones los socialistas españoles hemos asegurado que “el PSOE es el partido que más se parece a España” y que la mayoría social en España comparte valores inequívocamente socialistas. Y de hecho, el mismo Juan de Mairena, “poeta del pueblo” y apócrifo de Antonio Machado, plantea como principio moral básico aquello de “nadie es más que nadie”, o dicho de otra forma: “por mucho que valga un hombre nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre”.

José Félix Tezanos, ejerciendo en este mismo libro como eficaz historiador de las ideas, concluye que “el socialismo ha sido un foco vivo de transformación social y de rectificación de las consecuencias sociales más negativas que se generaban en la evolución de los modelos sociales”.

“El socialismo –prosigue Tezanos– no puede ser calificado por lo que es o ha sido en un momento dado y en un país determinado, sino por sus aspiraciones y potencialidades de transformación del orden social, utilizando las políticas públicas para avanzar en una dirección de mayor equidad social, mejor distribución de la riqueza...”.

En conclusión, no cabe establecer un catálogo cerrado y formalizado de preceptos como definición última del socialismo. Porque el socialismo no es un recetario dogmático a aplicar de manera homogénea en todo tiempo y lugar.

Socialismo es pasión por la igualdad. Socialismo es lucha por la libertad. Socialismo es compromiso para hacer frente a las situaciones de desigualdad, de injusticia y de falta de libertad. Y socialismo es labor transformadora y reformista, más allá de la mera denuncia o de la

simple protesta.

Podemos definir, en consecuencia, el socialismo como un conjunto de ideas e instrumentos destinados a organizar el espacio público compartido conforme a objetivos de progreso, a partir de los principios de la igualdad, la libertad y la mejora democrática permanente.

El socialismo es, al mismo tiempo: un compendio permanente de principios herederos de la Revolución Francesa y la razón ilustrada, fundamentados por tanto en la igualdad, la libertad y la fraternidad; un conjunto de ideas y convicciones orientadas al propósito de lograr sociedades cada vez más iguales, libres, justas y democráticas, que van actualizándose en función de los tiempos y las circunstancias; y una serie de instrumentos diversos y variables destinados a la transformación social, con vocación de mejora democrática constante.

Una vez aclarada la función de las ideas y las organizaciones socialistas, corresponde valorar sus resultados en términos históricos.

Es esta una tarea difícil de objetivar, especialmente desde un planteamiento militante como el de esta publicación. Pero pueden proponerse conclusiones difíciles de objetar. Resulta difícil establecer hasta qué punto las pulsiones igualitarias de aquellos precursores históricos del socialismo lograron mejorar las condiciones de vida de las poblaciones más vulnerables, fueran esclavos en los tiempos antiguos o fueran pobres y marginados en la Edad Media.

Sin embargo, pocos podrán negar la influencia decisiva de los movimientos socialistas en la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del siglo XX en la lucha contra las desigualdades que caracterizaron el tránsito de las sociedades tradicionales a las sociedades industriales. Buena parte de las conquistas arrancadas al capitalismo industrial para evitar la brutal explotación de hombres, mujeres y niños tuvieron un claro e incontestable protagonismo socialista.

Posiblemente tengan razón aquellos teóricos que calificaron el llamado modelo social europeo como cumbre civilizatoria, en lo concerniente al reconocimiento y garantía de derechos para la gran mayoría de la población. Pues bien, ese modelo social fue fruto de una propuesta socialista a la democracia cristiana europea al concluir la segunda posguerra, con un doble propósito: reconstruir sobre bases sólidas y justas un continente diezmado por la barbarie nazi-fascista y

dos terribles guerras mundiales; y evitar la expansión de la influencia comunista y soviética más allá del muro de Berlín.

Aquella propuesta socialista y aquel pacto con la representación política de las fuerzas del mercado proporcionó el mayor avance cualitativo y cuantitativo de la historia de la Humanidad, en términos de construcción social equitativa, libre, democrática y justa.

Buena parte de las conquistas políticas y sociales derivadas de aquel gran pacto constituyen hoy el patrimonio de derechos cívicos petrificados en los ordenamientos jurídicos europeos. Aquellas ideas socialistas están hoy recogidas como derechos de todos y de todas en las principales constituciones europeas. Hoy son patrimonio de todos, pero originariamente fueron banderas de la lucha socialista.

Y todavía en este siglo XXI a las fuerzas socialistas se las reconoce básicamente por su defensa cerrada de los derechos ligados a los principios de igualdad y libertad. Los derechos políticos de primera generación, el derecho de voto, de reunión, de manifestación, de asociación, de sindicación, son ya derechos reclamados, con más o menos entusiasmo, por todo el espectro ideológico.

Incluso los derechos de segunda generación, los llamados derechos sociales a la educación, a la atención sanitaria, a los servicios sociales, a la protección mediante mecanismos de aseguramiento público en la vejez o en la dependencia, forman parte ya del acervo discursivo general. Pocos se atreven a negarlos de palabra, aunque la derecha los siga combatiendo de facto.

Los derechos de tercera generación, los derechos de no discriminación por razón de origen, de género o de orientación sexual, así como los relativos a la solidaridad entre personas, entre generaciones o entre territorios, los derechos relacionados con el medio ambiente y el clima, son aún derechos de trincheras, que los socialistas abanderan, pelean y establecen como legislación en los boletines oficiales con más o menos éxito, con avances y con retrocesos.

También van perfilándose nuevos derechos como derechos de cuarta generación, los derechos “digitales”, el “habeas data”, el derecho al olvido, los ligados a avances científicos como la genética. Son derechos aún en fase de definición en muchos casos, que requieren de un esfuerzo especial de promoción y reivindicación. Poco a poco se van incorporando al ideario y a los programas socialistas.

En conclusión, si la función histórica del socialismo ha sido la de ejercer influencia para la organización del espacio público conforme a los valores revolucionarios de la igualdad y la libertad, podemos concluir que el balance de su actividad ha sido global y generalmente muy positivo. Sin obviar ni menospreciar errores e incumplimientos, la consecuencia de las ideas y las acciones socialistas sobre la historia de la Humanidad en el último siglo y medio ha sido una consecuencia de éxito innegable.

¿Por qué, entonces, se ha extendido la convicción de que tanto el ideario como las expresiones prácticas del socialismo se encuentran en retroceso? ¿Qué nuevas adaptaciones ha de afrontar el socialismo para proseguir en el presente y en el futuro su función histórica en favor del progreso social?

## Los otros actores políticos

También es cierto que el panorama político y electoral se ha fragmentado sobremanera en el tiempo reciente; que han aparecido nuevos actores políticos con identidades aún por conformar definitivamente; y que en ese magma novedoso y complejo, los partidos socialistas mantienen una influencia decisiva.

Es cierto que los socialistas hoy no disfrutan de la hegemonía política de otros tiempos, pero también lo es que gobiernan Italia, Portugal y Suecia, que han gobernado Francia y han co-gobernado Alemania hasta hace poco tiempo, que encabezan claramente las encuestas en Noruega, y que son alternativa creíble en Reino Unido y España, por ejemplo.

A pesar de las diferencias de cultura política y de tradición electoral, puede mantenerse también que los últimos gobiernos populares de los Estados Unidos, los liderados por Bill Clinton y Barak Obama con contenidos tan emblemáticos para la causa de la igualdad como el Obamacare o la integración de los inmigrantes, forman parte del movimiento socialista. Y no olvidemos que Hillary Clinton ganó en votos populares la última elección presidencial norteamericana. Tampoco resulta descabellado incorporar en esta senda de progreso al canadiense Trudeau, de ideología liberal-progresista.



Matizado por tanto el argumento de la “crisis” existencial socialista, profundicemos en las causas del retroceso más o menos circunstancial en los apoyos electorales a las formaciones socialistas.

Hay quienes hablan en términos demasiado rotundos tanto del fracaso como, paradójicamente, del éxito definitivo de las propuestas socialistas. Desde luego no hay estudios que demuestren empíricamente la inconveniencia de las recetas socialistas para hacer frente a los ciclos recesivos en la economía de mercado, tal y como denuncian nuestros adversarios. Más bien al contrario.

No fueron la iniciativa pública, el exceso de regulación o las políticas a favor de la igualdad las responsables de esta década negra que comenzó en 2008 con el fiasco de las hipotecas “subprime”, y que se está saldando con millones de personas arrojadas al abismo del desempleo y la exclusión social. Fueron las políticas neoliberales, desreguladoras y socialmente ciegas las que provocaron aquel desastre y las que han gestionado sus consecuencias de forma igualmente injusta.

Y si no puede hablarse del fracaso socialista, tampoco puede afirmarse su éxito definitivo como argumento para certificar la defunción del socialismo. Es cierto que el movimiento socialista promovió la ordenación legal de los derechos de los trabajadores y que peleó lo indecible para establecer los derechos sociales como derechos de ciudadanía en las constituciones de los grandes países europeos.

También es verdad que las conquistas de la universalización de la enseñanza pública, la sanidad pública o el sistema público de pensiones son hoy patrimonio irrenunciable de nuestros sistemas políticos, al margen ya, en buena medida, de la controversia política. Pero inferir de estos éxitos que las ideas y la acción política de los socialistas carecen ya de sentido, no es sino fruto de un yerro absurdo o una intención espuria.

Hay aún mucho por defender y por ampliar en las sociedades avanzadas en favor de la igualdad, como lo demuestran todos los indicadores de aumento de las desigualdades y de la pobreza en la propia Europa. Y existe mucho más por conquistar en la mayor parte del mundo que ni tan siquiera ha podido aún soñar con el

disfrute de los logros alcanzados en las aún privilegiadas sociedades europeas.

Si el socialismo no retrocede por la evidencia de su fracaso ni por su éxito definitivo, si el socialismo está lejos de haber concluido su propósito, ¿dónde está pues la razón de su retroceso electoral?

¿Han surgido nuevos movimientos de ideas que proporcionan más y mejores respuestas a las mayorías sociales respecto a aquella pulsión que entendemos irrenunciable en favor del progreso y la equidad social?

¿Los nuevos liberales? Se asemejan demasiado a los viejos liberales en su querencia por el desenvolvimiento de un mercado que, abandonado a su libre albedrío, se ha demostrado enemigo de la igualdad y de la justa distribución de la renta. ¿Los comunistas de siempre? Se vistan como se vistan, siguen siendo reactivos a la libertad, cuya defensa es irrenunciable para el progreso, aún en nombre de la igualdad.

¿Los viejos nacionalismos? La anteposición de la identidad territorial sobre la identidad de clase y sobre el internacionalismo inherente a la causa de la igualdad, siempre fue adversario claro del movimiento socialista. Para los socialistas, la patria es la Humanidad y no hay mejor patriotismo que el de la búsqueda de la igualdad en libertad y la mejora de las condiciones de vida de todo hombre o mujer, sea cual sea su documento nacional de identidad, su género, su procedencia, el color de su piel o su condición social.

¿Los nuevos populismos? Tampoco son tan nuevos. Nuestro siglo XX está dramáticamente jalonado de desastres ocasionados por movimientos de carácter pretendidamente taumatúrgico, que surgen en contextos de crisis económica y social intensa. Los populismos exacerbaban la frustración y la ira ciudadana para sustituir el razonamiento por la pura emocionalidad, para descalificar el ánimo reformista –lento, pero más seguro– en favor de la inmediatez revolucionaria –rápida, pero generalmente estéril o contraproducente–.

Dividen el mundo en buenos y malos, en “nosotros” a santificar y en “ellos” a demonizar. Desprecian las convenciones ins-

titucionales y los procedimientos representativos que aseguran las formas imprescindibles en democracia. De hecho, prefieren la demagogia a la democracia en su prioritaria búsqueda del poder. Son peligrosos, porque se disfrazan de socialistas cuando creen que les conviene, porque engañan, manipulan, distraen. Y son peligrosos porque sus ensueños de vanguardia suelen acabar en pesadillas para la generalidad de las poblaciones.

## La “crisis” socialista

Las razones de los retrocesos electorales socialistas en este comienzo de siglo hay que buscarlas con más eficacia en los errores propios, en los comportamientos cuestionables de algunos socialistas, y en los déficits de liderazgo.

Algunos gobiernos socialistas y socialdemócratas de Europa se han enfrentado a los grandes desafíos económicos desde presupuestos más propios de otras latitudes ideológicas. Ha sido así por convicción errada en algunos casos, y por complicidad manifiesta posiblemente en otros.

Las estrategias de Toni Blair y su “tercera vía” en el Reino Unido, de Gerhard Schroder y su “nuevo centro” en Alemania o, más recientemente, de Manuel Valls y sus reformas liberales en Francia, han hecho mucho daño a la credibilidad del movimiento socialista.

Y si estos desviacionismos ideológicos generaban frustración, otras actitudes cercanas al abatimiento o la resignación han decepcionado a no pocos ciudadanos también. Porque algunos gobernantes socialistas han mutado la vocación transformadora o reformista por una especie de “socialismo ibuprofeno”, que renuncia a corregir las razones de origen de las desigualdades para limitarse a mitigar sus peores efectos con políticas meramente paliativas.

En el mismo sentido, algunos escándalos de corrupción vinculados al ejercicio de Gobierno han mermado la confianza en el ideario y el quehacer socialista. Es bien sabido que el electorado progresista es el más exigente en lo relativo a la moralidad de los responsables públicos, porque presume que los gobernantes de

izquierda han de velar en mayor medida por el patrimonio común.

Muchos analistas achacan el retroceso electoral socialista en Europa durante las últimas décadas a la falta de referentes personales con suficiente carisma. Y es cierto que los liderazgos socialistas de este siglo XXI están lejos de lograr el prestigio y seguimiento social que tuvieron en la segunda mitad del siglo pasado personajes como Willy Brandt, Olof Palme, Bruno Kreisky, François Mitterrand, Mário Soares o nuestro Felipe González. Aunque tampoco han tenido las oportunidades que tuvieron aquellos para poner en práctica sus capacidades.

Otra razón clave para explicar las dificultades estratégicas del socialismo en este siglo tiene que ver con la dimensión global que ha adquirido la agenda de los retos políticos, en contraposición con la dimensión aun predominantemente nacional que mantienen las agendas de las organizaciones socialistas.

El movimiento socialista nació en el siglo XIX con una vocación inequívocamente internacionalista. “Trabajadores del mundo, uníos”, rezaba el Manifiesto de Marx y Engels. De hecho, en los orígenes del movimiento, la organización socialista de mayor rango e influencia era la “Internacional”, fundada en 1864 bajo el nombre de “Asociación Internacional de Trabajadores”. Existía entonces la convicción de que solo la unión transnacional podría combatir con eficacia la explotación de la clase obrera.

Sin embargo, las organizaciones socialistas descubrieron en el siglo XX las posibilidades que el escenario nacional abrían para la conquista de derechos laborales, sociales y democráticos. La negociación con los demás actores del mercado y de la política, en el contexto de las democracias parlamentarias y los Estados de Derecho, abrieron la puerta a la protección legal de derechos laborales y a la instauración del Estado de Bienestar. Los avances en la calidad de vida de las mayorías trabajadoras fueron extraordinarios en este tiempo.

Pero la llegada del nuevo siglo, la globalización de las relaciones económicas y la nueva revolución tecnológica han convertido el escenario nacional en un ámbito insuficiente, no ya para seguir avanzando en el camino de la emancipación y la igualdad, sino incluso para defender las conquistas adquiridas con gran sacrificio

durante el siglo pasado. Los actores predominantes en el mercado son multinacionales que escapan de las legislaciones laborales y de los regímenes fiscales que los representantes de la ciudadanía establecen país a país.

Si un Parlamento nacional exige la garantía de los derechos laborales o el pago de impuestos suficientes en un país concreto, los actores económicos transnacionales deslocalizan su producción o su domicilio fiscal hacia otro contexto normativo más liviano y favorable a sus intereses. Los desafíos para las mayorías trabajadoras, desde el dumping laboral a la elusión fiscal, pasando por las grandes migraciones, el cambio climático o el terrorismo yihadista, han adquirido una dimensión muy superior a la capacidad de regulación e influencia de las organizaciones políticas socialistas.

Hemos llegado a un punto de la historia política en el que podemos afirmar que solo se podrá hacer socialismo realmente eficaz a escala transnacional. Los mercados a regular, las relaciones económicas y sociales a reglar, los actores a los que someter a las reglas de la equidad, la justicia y el bien común, son de carácter global, pero las herramientas de que dispone la política en general y la política socialista en particular están muy lejos de alcanzar tal dimensión.

Por eso, fracasan uno tras otro los intentos de algunos gobernantes socialistas por implementar estrategias a favor de equidad social país a país. Los actores globales tumban estas estrategias con gran facilidad, los gobernantes rectifican, se acomodan al posibilismo y pierden el favor social. ¿Son las organizaciones socialistas, sin embargo, conscientes de esta dificultad y del reto que lleva asociado? Buena pregunta sin respuesta.

No quiere esto decir que debemos abandonar por absolutamente estériles las estrategias políticas en el ámbito nacional. Hay mucho por pelear y por conquistar país a país, parlamento a parlamento. Y, desde luego, no resulta indiferente que la escala nacional de decisiones esté determinada por ideas de izquierdas o de derechas, por socialistas o ultraliberales. Pero, mientras hacemos lo que podemos en el escenario de cada nación, hemos de ser conscientes de que la acción política del futuro y, especialmente, el socialismo del futuro, habrá de trascender necesariamente fron-

terras y muros para ser efectivo.

Un último factor explicativo de la crisis socialista merece mención en este texto sintético. Si hemos señalado al gran pacto socialdemócrata de la segunda posguerra mundial como el mayor éxito práctico del movimiento socialista, y si identificamos como causa fundamental para aquel pacto el temor del capital al expansionismo soviético o los estallidos revolucionarios, hemos de admitir que tal amenaza dejó de ser creíble hace mucho tiempo, incluso antes de la caída del Muro de Berlín en el año 1989.

Durante algún tiempo, el riesgo de la extensión de las revoluciones comunistas convenció a las fuerzas económicas y políticas del capital sobre la necesidad de llegar a un acuerdo con la representación de los trabajadores, para distribuir la riqueza generada en el mercado de una manera razonablemente equitativa. Aquella amenaza funcionó como estímulo para la justicia social hasta el colapso de los regímenes comunistas del este de Europa. Tras la caída del Muro, la amenaza ya no funcionaba ni como farol.

Con la entrada del nuevo siglo, las fuerzas del capital no encuentran motivación suficiente para limitar sus beneficios y repartir ganancias con la sociedad en su generalidad, y particularmente con quienes aportan el factor trabajo a la producción que administran en interés propio. ¿Habría razones para recuperar tal motivación más allá de la amenaza revolucionaria? Desde luego. Los valores de igualdad y la solidaridad son mayoritarios en nuestras sociedades, y los actores decisivos para el devenir común debieran tenerlos en cuenta. Además, está empíricamente demostrado que las economías más solventes y sólidas son a la vez las más equitativas.

Pero puede que no baste con aludir a los valores del bien común o a la racionalidad económica para convencer a las fuerzas económicas en la configuración de un sistema global más justo y equitativo. Puede que haya que establecer y hacer cumplir reglas que aseguren la organización del espacio compartido conforme a los valores de progreso que comparte la mayoría de la población. Puede que la racionalidad política del interés general deba imponerse sobre algunos intereses económicos parciales. Y puede que para tal fin sea preciso hacer socialismo, más socialismo y

socialismo a una escala adecuada, a una escala global.

## El socialismo necesario

Por tanto, la respuesta a la pregunta sobre la vigencia de las ideas socialistas es sí. Si el socialismo constituye un conjunto de ideas y de herramientas organizativas con el propósito de mejorar las condiciones de igualdad en nuestras sociedades. Y si en nuestras sociedades cunde la desigualdad de manera creciente. Desde luego que sí. Desde luego que el socialismo es una ideología y un movimiento político con plena vigencia.

El socialismo está vigente y posiblemente es más necesario que nunca. O al menos tanto como cuando nació en plena revolución industrial para liberar a millones de proletarios de una explotación inhumana. El socialismo es necesario porque las sociedades a que está dando lugar la globalización de las relaciones económicas y la nueva revolución tecnológica son sociedades profundamente injustas, con desigualdades crecientes entre países y con desigualdades crecientes en el seno de cada país.

El socialismo está vigente, es más necesario que nunca y resulta de gran utilidad como compendio de principios progresistas y como experiencia de quehacer político exitoso. Porque el objetivo de reglar la globalización y lograr una distribución equitativa en los beneficios del adelanto tecnológico va a necesitar de la movilización de los mejores instrumentos a disposición de nuestras sociedades, los mejores instrumentos en términos de ideas y en términos de capacidad organizativa.

Pero el socialismo vigente, necesario y útil no es el socialismo resignado, defensivo o con vocación de mero calmante que la sociedad ya ha rechazado por doquier durante los últimos años.

No sirve un socialismo que se pliega a las dificultades asumiendo la doctrina del adversario, sea el adversario liberal, sea el nacionalista o sea el populista. Como no sirve el socialismo que se limita a atrincherarse reclamando el pago por los servicios prestados año tras año, porque los ciudadanos no votan por gratitud sino por expectativa. Y tampoco sirve ese “socialismo ibuprofeno” que se conforma con firmar el recetario agresivo del neoliberalismo, porque no se

atreve a firmar el propio, pero que tranquiliza su conciencia sumando a la receta un antiinflamatorio o un protector gástrico para paliar en parte los daños ocasionados.

El socialismo vigente, necesario y útil es un socialismo valiente y de gobierno. Valiente para enfrentarse a las fuerzas que representan los intereses de la desigualdad, para romper con la ortodoxia de las ideas liberales, para retar la hegemonía del pensamiento y la acción política conservadora. Pero un socialismo de gobierno, porque los socialistas no se conforman con describir las desgracias o protestar las injusticias. Los socialistas enfrentan y resuelven las desgracias y las injusticias.

Ese socialismo del siglo XXI no será el socialismo del siglo XIX ni el socialismo del siglo XX. Los principios son los mismos, la meta es equivalente, pero el enemigo cambia, el campo de batalla varía, y el socialismo debe adaptarse a cada tiempo. El socialismo ha de mantener la coherencia de su fundamento moral y de su propósito político, pero debe cambiar para actualizarse, para reforzarse, para convencer y generar confianza entre las mayorías democráticas.

La mejor prueba de la vigencia del ideario socialista y de la pertinencia de su movimiento político está en las características de las dos plataformas más relevantes de objetivos transnacionales en estos días.

Por una parte, la Estrategia Europa 2020 se define literalmente como “la agenda de crecimiento y de empleo de la Unión Europea en esta década. Señala el crecimiento inteligente, sostenible e integrador como manera de superar las deficiencias estructurales de la economía europea, mejorar su competitividad y productividad, y sustentar una economía social de mercado sostenible”.

¿Qué es “una economía social de mercado sostenible” sino la plasmación del programa político socialista, la reedición de aquel pacto socialdemócrata de posguerra? Los cinco grandes bloques en que se concreta la Estrategia parecen salidos igualmente de un Congreso socialdemócrata: buenos empleos para el 75% de las personas entre 20 y 64 años; inversión del 3% del PIB europeo para ganar competitividad sin devaluaciones sociales; aumento del 20% de la eficiencia energética; generalizar la



educación de calidad y erradicar el abandono escolar; sacar “al menos a 20 millones de personas” de la pobreza o la exclusión social.

Es puro socialismo. ¿Y quiénes mejor que los socialistas para hacer realidad esta Estrategia?

Idéntica conclusión se puede obtener analizando los 17 Objetivos de Desarrollo del Milenio definidos por la organización de las Naciones Unidas. Desde el “fin de la pobreza” hasta el “hambre cero” o el “trabajo decente”, pasando por la “igualdad de género”, la “educación de calidad” o la propia “reducción de las desigualdades”.

El mundo necesita socialismo. Y para hacer socialismo se necesitan militantes socialistas bien dispuestos y organizaciones socialistas en forma.

## Los cambios a realizar

El socialismo ha de discernir con inteligencia sobre qué mantener, qué adaptar y qué incorporar a su ideario y su estrategia en el escenario “líquido” de la política propia de este avanzado siglo XXI.

El objetivo original y primigenio del movimiento socialista siempre fue, sin duda, la transformación social en el sentido de la igualdad. Los fundamentos ideológicos del socialismo fueron, son y han de seguir siendo los principios de la razón revolucionaria: la igualdad, la libertad y la fraternidad, a los que la socialdemocracia siempre unió el ideal democrático.

Esta es, pues, la identidad y la razón de ser del movimiento socialista: la consecución de sociedades más equitativas, libres, solidarias y democráticas. Esto es lo que no debe cambiar.

Ahora bien, la socialdemocracia ha concebido tradicionalmente estos principios del mismo modo en que Giovanni Sartori define la democracia, distinguiendo entre el ser y el deber ser. John Dunn dio un paso más en esta misma definición: “la democracia es un viaje inacabado, un caminar permanente del ser al deber ser”.

Igualdad, libertad, justicia, democracia, no son categorías absolutas ni pueden definirse conforme a modelos prácticos cerrados y dogmáticos. La igualdad constituye una referencia a modo

de guía para la formulación teórica y el quehacer político de los socialistas. Siempre hay margen para que las sociedades mejoren en términos de igualdad, de libertad, de justicia y democracia.

El camino de los socialistas entre el ser y el deber ser es el camino de las reformas. El movimiento socialista se diferencia de otras opciones ideológicas en la izquierda por su carácter reformista. El socialismo no es izquierda contemplativa ni izquierda revolucionaria. La mera protesta no ayuda a conquistar nuevos espacios de igualdad y libertad. Y la experiencia del siglo XX nos ha enseñado que los sueños revolucionarios suelen acabar en pesadillas de falta de igualdad, libertad y democracia.

Los principios igualitarios y libertarios, junto a la permanente vocación reformista, son, pues, los factores a mantener en el socialismo de este siglo.

¿Qué toca adaptar en la larga tradición socialista? Ya hemos tratado en torno a la nueva dimensión que han de asumir las respuestas socialistas a los retos de nuestro tiempo. Si las amenazas a la igualdad, a la libertad y a la democracia tienen hoy un carácter global, la contestación socialista ha de producirse en el mismo plano. El reto es, por tanto, el de construir un socialismo más allá de cada nación, un socialismo realmente global.

También es preciso reflexionar sobre el sujeto histórico que debe protagonizar el movimiento socialista. En el origen de los partidos socialistas, la identificación de tal sujeto estaba clara: la clase obrera, proletarios y campesinos dueños solo de su fuerza de trabajo, explotados y alienados por el capital, organizados por las vanguardias socialistas. Pronto se unieron intelectuales y burgueses comprometidos ideológica, política y vitalmente con la causa de la igualdad y la libertad.

¿Quiénes han de conformar hoy el sujeto histórico socialista? ¿Quiénes pueden ser llamados como el “nosotros” socialista? Limitar este sujeto a los herederos de aquella concepción originaria resultaría inadecuado, por reduccionista y poco eficaz. El nosotros socialista de hoy está formado por los trabajadores explotados, pero también por quienes no encuentran trabajo, por los pobres y excluidos de la sociedad, por los discriminados en razón de su procedencia o condición social...

Y debe incluirse, desde luego, a todos aquellos que por razones y circunstancias diversas, comparten la aversión por las injusticias sociales y sienten la pasión socialista por la igualdad en libertad. Gentes de la cultura y la intelectualidad, educadores y formadores, pequeños empresarios y autónomos, profesionales liberales socialmente inquietos, protagonistas de movimientos sociales y activismos cívicos a favor del progreso...

El nosotros socialista está conformado por una mayoría social que comparte los valores del socialismo, y que aporta un compromiso moral y político en la consecución de sus metas. Un compromiso de naturaleza y alcance diverso, y que puede ir desde la simpatía por los propósitos socialistas hasta el apoyo electoral o la militancia activa.

Esta diversidad en las intensidades y en las formas de la militancia constituye, a su vez, un elemento novedoso más a incorporar para la conformación de un socialismo realmente actualizado y eficaz.

Los partidos socialistas nacieron con la vocación de las organizaciones de masas y democracia directa. Su incorporación a la vida institucional de las democracias parlamentarias adecuó su funcionamiento como organizaciones de estructura y democracia representativa, más eficaz para este nuevo contexto.

La reconstrucción del PSOE a partir de la Transición democrática experimentó este proceso de manera acelerada en un corto lapso de tiempo. La militancia socialista de los años setenta y primeros de los ochenta era una militancia vivencial, a tiempo completo, en una organización movilizadora de manera permanente en todas sus plataformas territoriales y sectoriales.

La formación de Gobierno y la consolidación de la democracia transformó aquella participación intensa en una militancia más acorde con la evolución de las formas políticas de la izquierda europea en el fin de siglo. El Partido se institucionalizó en buena medida, la tarea de gobierno y de oposición parlamentaria adquirió preeminencia sobre la actividad social, y muchos militantes redujeron su participación a una labor más esporádica y menos protagónica.

Sin embargo, la realidad social y política ha vuelto a cambiar, y

puede que la militancia socialista tenga que recuperar mucho de aquel carácter vitalista e intenso. Muchos ciudadanos desconfían hoy de la tarea política precisamente porque la perciben demasiado lejana a sus intereses y expectativas. Si la política se lleva a cabo lejos de aquellos a los que se debe, es hora de transformar la política.

El socialismo siempre se ha situado a la vanguardia de los cambios en las formas de participación política, y ahora le corresponde liderar las reformas pendientes. No se trata, desde luego, de volver atrás. No tendría sentido revivir aquellas organizaciones de masas proletarias, entre otras razones porque esas masas ya no existen en la misma naturaleza y medida.

Pero la ciudadanía ya no acepta una democracia formal que tan solo cuenta con ella para votar periódicamente a unos representantes que a veces siente muy lejanos. Los ciudadanos se saben con información, con criterio y con capacidad suficiente como para opinar, influir y decidir sobre aquellos asuntos de los que depende la organización del espacio público compartido. Ya no quieren ser espectadores, sino protagonistas de la política que les afecta en su presente y en su futuro.

Y esta nueva forma de participar en política será posiblemente más sectorial que antaño, más a tiempo parcial que antes, y más esporádica que en otras ocasiones. Y requerirá de los partidos socialistas un esfuerzo de apertura, de transparencia y de democratización interna sin precedentes. También de actualización y de modernización de sus estructuras y procedimientos. Se trata de adecuar la participación política a la demanda creciente de una nueva ciudadanía políticamente activada.

A fin de cuentas, para el PSOE, como para el resto de los partidos españoles, este objetivo constituye incluso una obligación constitucional. El artículo 6 de la Constitución recoge literalmente lo siguiente: “Los partidos políticos expresan el pluralismo político, concurren a la formación y manifestación de la voluntad popular y son instrumento fundamental para la participación política”.

Junto a los nuevos sujetos y las nuevas formas políticas, el socialismo renovado de este nuevo siglo debe incorporar también nuevos contenidos acordes con las nuevas expresiones que adop-

ta la pulsión permanente en favor de la igualdad y la justicia.

Así, los programas socialistas acerca de los derechos de los trabajadores, de la universalidad en el acceso a la educación, la sanidad o las pensiones, o de los avances en la laicidad, deberán hacer hueco para otros propósitos perfectamente coherentes con sus valores de referencia.

Si los socialistas siempre defendimos una economía socialmente sostenible, compatible con la garantía de derechos sociales y laborales para la ciudadanía, ahora es preciso sumar con todas las consecuencias la reivindicación de una economía ecológicamente sostenible también. Nuestras formas de producción y de vida están alterando los equilibrios básicos en el planeta, en el clima por ejemplo, y las políticas de progreso han de comprometer su lucha para recuperar aquellos equilibrios.

Y si existe un frente necesitado de compromiso en la batalla por la igualdad ese es el de la igualdad de género, que afecta por cierto a más de la mitad de nuestra especie. Aún existen amplísimos ámbitos territoriales en los que las mujeres sufren violencia, explotación y discriminación por el solo hecho de serlo. E incluso en las sociedades, como la nuestra, donde la igualdad legal es un hecho, aún se producen a diario situaciones intolerables de maltrato y desigualdad. El feminismo es una lucha genuinamente socialista.

Uno de los efectos de la globalización injusta que sufrimos es el de las grandes migraciones, por motivos económicos o por razones de persecución política. Millones de personas se movilizan cada día para escapar de la miseria o de la violencia. Estos son también “parias de la Tierra” y “famélica legión” a poner en pie y por cuyos derechos pelear desde las filas socialistas. Porque, además, estos semejantes nuestros son carne de cañón que las estrategias y discursos de los movimientos populistas sitúan falaz e injustamente en la diana de la culpabilización y la discriminación de una ciudadanía depauperada por la crisis.

El federalismo, igualmente, ha de formar parte sustancial de los contenidos del socialismo renovado. Si bien es cierto que la cuestión territorial nunca fue prioridad en el programa socialista, y

que la querencia nacionalista se sitúa en las antípodas de nuestros principios, la experiencia histórica ha demostrado que es necesario dar respuesta cabal a una problemática capaz de ocasionar conflictos devastadores para los derechos de la mayoría y para la convivencia misma.

A este respecto la socialdemocracia antepone la identidad social a la identidad territorial y en consecuencia, un socialista se siente siempre más cerca de un semejante que sufre injusticias en cualquier territorio que de un supuesto compatriota explotador. Socialismo es internacionalismo. Por tanto, en el ideario socialista predomina la libertad de identidad territorial. Que cada cual se sienta integrante de la realidad territorial que prefiera, pero anteponiendo siempre el sentimiento de solidaridad y fraternidad para con las clases sufrientes en cualquier parte del mundo.

Más allá del sentimiento identitario y en lo referido a la organización territorial del espacio público, la socialdemocracia ha venido decantándose a favor del federalismo, por ser ésta la doctrina que mejor aúna igualdad de derechos y descentralización política. El federalismo cuenta con expresiones muy diversas en el mapa político del mundo, pero al socialismo español le interesa su aplicación como desarrollo lógico del Estado español de las autonomías y, sobre todo, como diseño futuro para la Europa unida que anhelamos.

## ¿Qué socialismo para el siglo XXI?

En consecuencia con todo lo anterior, el socialismo del siglo XXI ha de ser un socialismo coherente y consecuente con su identidad inalterable como fuerza de transformación social en el sentido de la igualdad en libertad. Y a la vez debe ser un socialismo abierto a los cambios en los contenidos y en las formas de hacer política que le confieran el carácter de alternativa atractiva, generadora de confianza y movilizadora para la mayoría social que comparte valores de progreso en nuestras sociedades.

El socialismo del siglo XXI será un socialismo con vocación global o no será. Porque ya pasó el tiempo en el que las aspiraciones socialistas de igualdad y justicia podían alcanzar un grado

aceptable de consecución mediante la acción política nacional, nación a nación, parlamento a parlamento, ley a ley. Si el programa socialista necesita de un Estado para definirse y aplicarse, ese Estado ya no puede tener la dimensión limitada de un Estado nacional. Hay que aspirar al Estado global. Primero en la escala de la Federación de Europa. Después, el Estado Mundial.

El socialismo de hoy debe recuperar su condición de fuerza transformadora, más allá de la resignación o el tacticismo colaboracionista que ha caracterizado la acción política de muchos socialistas desde la caída del Muro en Europa. Socialismo es transformación, no conformismo. Socialismo es reforma, no discurso contemplativo o teorización sin fruto práctico.

Ahora bien, la socialdemocracia no es una opción revolucionaria o rupturista. Los socialistas no prometen el cielo, porque el cielo no existe. Existe la lucha valiente, reformista y real, la lucha del paso a paso para conquistar nuevas metas de igualdad y libertad. Socialismo es izquierda transformadora, valiente pero de Gobierno, de Gobierno pero valiente.

El socialismo ha de recuperar su vocación utópica y emocional. No puede dejarse el monopolio de la lucha pasional a los nacionalismos exacerbados y a los populismos estériles. La historia enseña que la excitación del sentimiento nacionalista divide el mundo entre los “nuestros” y los “suyos”, en función de referencias tan irracionales como el color de la piel o el lugar de nacimiento, contribuyendo a la quiebra de la convivencia. El siglo XX está desgraciadamente plagado de ejemplos por la violencia ocasionada al respecto.

El populismo también agita la emocionalidad en sentido equivocado y peligroso. Estimula la ira ciudadana ante las situaciones de injusticia, elabora un relato con falsos culpables y falsos líderes redentores, promete el paraíso y, finalmente, frustra las expectativas generadas, provocando aún más ira ciudadana. Se trata de un círculo frustrante.

El socialismo cuenta con una bandera imbatible para la movilización emocional positiva entre la ciudadanía. No hay lucha más motivadora en el plano de los sentimientos que la lucha por la igualdad y la libertad. No hay emoción más movilizadora que la

emoción de la solidaridad y la fraternidad entre semejantes. No hay batalla más inspiradora que la batalla a favor de los derechos de los que menos tienen y de los que más sufren. Y esa es la batalla socialista. Solo hay que apelar a estos buenos sentimientos.

Socialismo es utopía. Siempre fue así. Las formaciones socialistas surgieron en el atardecer del siglo XIX soñando con el fin del trabajo infantil y la jornada laboral de cuarenta horas semanales. Las fuerzas vivas de la sociedad de por entonces tacharon a los socialistas de locos por lo imposible de sus reivindicaciones. Y aquellas reivindicaciones se convirtieron en derechos inalterables para los trabajadores.

Durante el siglo XX los socialistas de toda Europa soñaron con hacer del acceso a la educación, al servicio sanitario y a la atención a las necesidades vitales en la vejez, derechos incontestables para todo hombre y toda mujer. Y volvieron a acusarles de absurdos e irracionales. Y aquellos sueños se escribieron como conquistas irreversibles en las constituciones de los grandes Estados europeos.

¿Cuál es la utopía del socialismo en este siglo XXI? Posiblemente, la gran utopía socialista para el siglo de la globalización sea la consolidación y la universalización de estos y otros derechos igualitarios en un Estado global. Es posible que la nueva utopía socialista consista en construir una democracia global, que dé lugar a normas globales y que constituya Gobiernos globales para hacerlas cumplir. Mejorar y extender los avances civilizatorios de los derechos humanos y el Estado de Bienestar. Igualdad, libertad, democracia y justicia social para todos los hombres y todas las mujeres.

¿Se reirán? ¿Volverán a tachar de locos utópicos a los socialistas por estas ensoñaciones? Seguro que sí. Pero la democracia global, las normas globales y el Estado global, para garantizar derechos y libertades a todos los hombres y mujeres del mundo, acabará abriéndose paso en este siglo XXI, como los derechos de los trabajadores en el siglo XIX, como el Estado de Bienestar en el siglo XX.

¿Hay una meta más emocionante y movilizadora que la de proporcionar solidariamente unas condiciones de vida dignas a esos millones de personas que se ven impelidas a emigrar del África



subsahariana huyendo del hambre y la falta de esperanza? ¿Hay una lucha más justificada en nombre de la igualdad que la de asegurar salarios y condiciones laborales justas a los trabajadores semi-esclavos del sudeste asiático que cosen las zapatillas que calzan nuestros hijos? ¿Existe una reivindicación más motivadora bajo la bandera de la libertad que la de acabar con la violencia y la discriminación que sufren aún millones de mujeres en buena parte del mundo?

Ahora bien, socialismo es utopía para el horizonte y es reformismo para el ahora. La combinación entre el socialismo utópico y el socialismo reformista es la clave de bóveda para un movimiento que aspira no solo a inspirar el futuro, sino también a administrar el presente conforme a los valores de la igualdad en libertad.

Y el socialismo, como se ha dicho, debe actualizar también sus formas de hacer política, para ser eficaz, para no quedar al margen de los nuevos cauces de praxis y de influencia. Si los socialistas han de bregar con una economía “uberizada”, deberá hacer lo mismo con una política que hoy se juega en el campo líquido, incómodo y proceloso de los platós de televisión, las redes sociales y la teatralización permanente.

No se trata de claudicar ante un juego que trivializa y frivoliza una disciplina que requiere racionalidad y rigor. Se trata de organizar el trabajo de manera eficaz en este contexto. Hay espacios para dar cauce a la nueva demanda social de participación política activa. Hay un nuevo activismo cívico que está reclamando nuevas plataformas y nuevas herramientas para participar en la organización del espacio común. Y puede hacerse de forma seria, rigurosa y productiva. Se llama política abierta. Y ese es el reto de las organizaciones socialistas en este nuevo tiempo.

El año 2025 será un año emblemático para la historia de España, puesto que se cumplirá medio siglo desde la muerte del dictador Franco y el inicio de la Transición democrática. Durante estos casi cincuenta años ya, la sociedad española ha dado pasos muy relevantes para cumplir el sueño de aquella generación que protagonizó el paso del totalitarismo a la democracia. En buena medida, nuestro país es ya un país homologable a nuestros vecinos europeos, tanto en prosperidad como en derechos.

Aunque queda mucho por hacer.

El horizonte de ese año emblemático, 2025, puede servir de referencia para impulsar desde el socialismo español una nueva agenda de grandes reformas en el sentido de la justicia y la modernización de España. Ya no se trata de coger al pelotón de cabeza. El reto ahora es el de colocarnos en los puestos de liderazgo.

La agenda reformista para este nuevo tiempo tiene, al menos, tres grandes objetivos, en coherencia con lo sostenido hasta ahora. El primer gran propósito ha de ser inevitablemente el de la Globalización Justa. El proceso de globalización en las relaciones económicas, sociales y culturales es un movimiento inexorable e imparable. Pero hoy ese proceso se ha desbocado, galopa sin nadie a las riendas y solo aguantan en la grupa los más fuertes. Es un proceso crecientemente desigualitario e injusto.

La Globalización Justa supone normas globales que embriden las nuevas realidades globales, asegurando su sometimiento a los valores universales de progreso, la igualdad, la libertad, la democracia, la justicia.

Normas que posibiliten un reparto justo del crecimiento de la productividad que proporciona el avance tecnológico; normas que garanticen derechos laborales justos para todos los trabajadores, vivan donde vivan; normas que construyan un sistema fiscal global y justo, para disponer de recursos con los que financiar un Estado Global del Bienestar.

Normas que generalicen el acceso de ganadores y perdedores de la globalización a los servicios básicos de una alimentación equilibrada, una educación igualitaria y de calidad, una sanidad reparadora, una cobertura universal que asegure una vida digna en situaciones de desempleo, dependencia, vejez o exclusión social; normas que faciliten la transición ecológica a la economía y a las sociedades en su conjunto, para acompasar el desarrollo humano con el respeto debido a los ecosistemas.

Se trata de reeditar el Pacto Social de posguerra para un tiempo nuevo y una realidad socioeconómica distinta. Una nueva gobernanza global que reedite el viejo contrato entre capital y trabajo, ahora a escala transnacional. Primero en Europa, después en

el mundo. Este es el primer reto.

El segundo gran desafío de la agenda reformista es el de la mejora de la calidad democrática. Hemos sostenido ya que la democracia es un viaje constantemente inacabado, del ser al deber ser; un régimen permanentemente perfectible. Es la peor de las maneras soñadas para organizar el espacio público compartido, pero, a la vez, es la mejor de las que se han puesto en práctica.

Las democracias que disfrutamos en la Europa occidental y en Norteamérica, por establecer una referencia más o menos homogénea, aseguran la participación política de las mayorías en los asuntos que afectan a la colectividad. Pero los cauces, las formas, las garantías y los resultados de estas democracias liberales, representativas, parlamentarias, generan hoy demasiada frustración.

Las formas de la participación y de la institucionalidad democrática tienen que evolucionar al ritmo de una ciudadanía que se sabe con más y mejor información y criterio, con más y mejor capacidad para codecidir y cogestionar, con más y mejor aspiración para influir en aquello que importa a su presente y su futuro: una ciudadanía democráticamente activada. La política democrática del futuro habrá de mantener las garantías que proporciona la representación y la institucionalidad. Pero habrá de avanzar en el sentido de la apertura, la transparencia y la participación en ese juego de representación e institucionalidad. Un gran desafío, también.

El tercer reto tendrá que ver probablemente con la organización territorial del espacio público. Hemos convenido que el socialismo parte de la consideración de identidades de carácter fundamentalmente social. Los socialistas identificamos a los grupos humanos en función de su condición social y aspiramos a la igualdad en libertad. Las naciones son para nosotros naciones cívicas, naciones de ciudadanos y ciudadanas con derechos a preservar y ampliar mediante los instrumentos públicos del Estado.

Pero hemos de ser conscientes de que existen otros sistemas de identidad, los vinculados al territorio en el que se nace o en el que se habita. Son sentimientos de identidad poderosos, con un gran potencial para generar conflictos sociales. El nacionalismo es adversario ideológico y político del socialismo, porque antepone

la identidad territorial a la social, y porque prioriza los objetivos nacionales sobre los objetivos de progreso para las personas.

Pero el socialismo ha de contar con los sentimientos y aspiraciones nacionales a la hora de organizar el espacio público colectivo. El qué y el cómo de la organización territorial importa también para asegurar los objetivos igualitarios del socialismo. Y la forma de organización territorial que mejor conviene al propósito de la igualdad desde el respeto a las identidades y aspiraciones nacionales es el federalismo. Federalismo en España, federalismo en Europa y federalismo en el mundo.

El federalismo ayuda a combinar la soberanía compartida y la igualdad de derechos con la atención a las singularidades propias de los grupos humanos en cada territorio. El pacto federal distribuye competencias en atención al principio de la subsidiaridad y la eficiencia, ajusta los mecanismos de financiación conforme a las necesidades racionalmente analizadas, y establece mecanismos de cooperación y colaboración leal. La apuesta federal es una apuesta de interés para el ideal socialista, por tanto.

En definitiva, el socialismo es un movimiento de ideas y de acción política plenamente vigente, por su interpretación correcta de los desafíos presentes y por sus propuestas positivas y viables de futuro.

Por tanto, los socialistas haríamos bien levantándonos del diván de la introspección permanente y dedicando toda nuestra capacidad de creatividad y de trabajo a la movilización social en favor de unas sociedades más iguales, más libres, más democráticas y más justas.

Hay mucho socialismo por hacer.